



LA ILUSTRACION POPULAR ECONÓMICA

DE VALENCIA.

1.º de Marzo de 1880.

DISCURSO

DE

SU SANTIDAD LEON XIII

á los curas párrocos de Roma y
á los predicadores

de la

SANTA CUARESMA.

—(—)—

«Es siempre para Nos dulce consue-
to al acercarse el tiempo de la Cua-
resma, ver á los párrocos de Roma y
á los oradores sagrados elegidos para
esparcir en medio de ella la semilla
de la divina palabra. La mision de
apacentar y de instruir el rebaño de
Jesucristo, aunque no esté circuns-
crita á lugar ni á tiempo alguno, to-
davía en esta procelosa edad con celo
tambien mayor debe ejercerse en es-
ta alma ciudad de Roma, de donde,
como del monte santo, la luz de la

fe y de la doctrina evangélica debe
enviar á todas partes sus rayos lumi-
nosos y sus benéficos influjos.

»Esta fe, que es fundamento y raiz
de la justificacion; sin la cual es im-
posible agradar á Dios, es de los ene-
migos de la Iglesia con mil artes y
asechanzas fieramente asaltada y com-
batida. Importa, pues, muchísimo y
es necesario poner en ello los más vi-
gilantes cuidados, que sea conservada
en toda su pureza, que se muestre vi-
va y laboriosa en medio del pueblo
cristiano.

»Mas reclaman de nosotros de un
modo especial estos amorosos cuidados
las generaciones que hoy crecen, á
las cuales se procura dar una educa-
cion y una instruccion no ilustrada
por el rayo de la fe, ni avivada por
los influjos de la Redencion.

»Nos comprendiendo este evidente
peligro conociendo bien á qué duras
pruebas está expuesta la juventud,
esperanza de la sociedad, estudiamos
los medios de oponer al mal oportuno

remedio procurando á los jóvenes en nuestras escuelas de Roma una educacion y una instruccion verdaderamente religiosa y cristiana.

»La benemérita comision que con este objeto hemos establecido, con celo y admirable talento responde plenamente á nuestros ardientes deseos, y se aprovechó de vuestras obras, pastores de las almas, á quienes se acercó para procurarse luz y noticias oportunas sobre las particulares necesidades de cada parroquia. Si, por lo tanto, por esta parte tenemos motivos de consolarnos, por otra no podemos ménos de excitaros ordinariamente para que en cuanto esté de vuestra parte hagais que esta saludable obra crezca, prospere y dé cada vez más abundantes frutos. A vosotros os toca, ilustres párrocos, acercaros á las familias confiadas á vuestros cuidados, y con todos los medios que el celo prudente y la industriosa caridad os sugiera, procurar que la educacion de sus hijos sea religiosa y cristiana. Ponedles á la vista las funestas consecuencias que produce para la Iglesia, la sociedad y la familia una educacion irreligiosa y descreida. Demostrad á los padres que fundan mal en sus vástagos las mas dulces esperanzas, si no les dan una educacion, una instruccion plenamente conforme con los dictámenes de la religion y de la fe; insistid principalmente en que los tengan alejados de los pastos envenenados de tantas escuelas protestantes, como desgraciadamente se van multiplicando en Roma, con manifiesto daño de la fe católica y ruina cierta de las almas.

»Y vosotros, sagrados pregoneros del Evangelio, en este tiempo, en estos dias de salud, redoblad vuestras apostólicas fatigas á fin de que nuestro pueblo de Roma conserve el precioso tesoro de las creencias católicas. Vosotros sabeis muy bien con cuantos medios

diestramente escogidos son combatidas hoy estas creencias, ya directamente, pervirtiendo los principios, ya indirectamente, corrompiendo las costumbres, pues así como en el compuesto humano el esplendor de los objetos queridos ofusca la luz de la sana razon, así en el humano consorcio la inmoralidad dominante abre la puerta á la incredulidad. Vosotros, por lo tanto, que teneis en la mano la invicta arma de la divina palabra, rechazad valerosamente los ataques, y con la luz de la verdad revelada, desterrad las tinieblas del error, y con las enseñanzas de la moral cristiana, ahuyentad el vicio; recordad á los entendimientos de los hombres los verdaderos y fundamentales principios, en los cuales descansa la fe católica, y sostened con honor su razonabilidad y verdad para que se afirme el que esté dudoso en la fe, vuelvan los que vayan errantes, y se fortalezcan los débiles, y conserve así Roma el inestimable don de la fe.

»Y á fin de que sobre unos y otros baje copiosa la virtud del Altísimo, y os fortalezca en el ejercicio del apostólico ministerio. Nos levantamos las manos al cielo, y os otorgamos de lo profundo del corazon á vosotros y á todo el pueblo de Roma la Apostólica bendicion.

Benedictio, etc.»

CUMPLEAÑOS DE LA CORONACION

de S. S. Leon XIII.

Para que la ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA tenga su representacion en la gran festividad del segundo cumpleaños de este fausto acontecimiento, que ha de celebrarse en el Vaticano el

dia 7 del corriente mes, dia del Doctor y Maestro Santo Tomás de Aquino, hemos escrito con este objeto á una distinguida persona residente en Roma, y esperamos, no solo que nuestra REVISTA estará dignamente representada, sino que tendremos noticias directas de este notable aniversario.

CARTA ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR

LEON POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII

Á TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS,
ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO
EN GRACIA Y COMUNION CON LA
SANTA SEDE APOSTOLICA.

Á LOS VENERABLES HERMANOS

Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos

DEL

UNIVERSO ORBE CATÓLICO

en gracia y comunión con la Santa Sede.

LEON PAPA XIII.

Venerables hermanos

Salud y apostólica bendición.

La sabiduría divina, en sus misteriosos arcanos, decidió que Jesucristo, Salvador de los hombres, viniese al mundo, que estaba como envejecido por los años, para restaurarle por sí y en sí mismo con arreglo á los designios de Dios. Lo que espresó espléndida y elocuentemente el apóstol San Pablo, cuando escribió á los efesios:

El sacramento de su voluntad... para restaurar en Cristo todas las cosas, así las que hay en el cielo como en la tierra (1). En efecto, habiendo Cristo Nuestro Señor cumplido el mandato que le habia dado su Padre, comunicó al instante cierta nueva forma y figura á todas las cosas, dejando á un lado lo antiguo. Sanó las llagas que el pecado de los primeros padres habia impuesto á la naturaleza humana: devolvió á todos los hombres, por naturaleza hijos de la ira, la gracia de Dios; volvió á los que estaban cansados de los antiguos errores á la luz de la verdad; á los que vivian en medio de toda clase de impurezas, les hizo capaces de toda virtud; dió á los que se convertian la esperanza cierta de la felicidad eterna, é hizo á su cuerpo, mortal y caduco, futuro partícipe de la inmortalidad y de la gloria celestial. Y para que tan singulares beneficios durasen mientras hubiese hombres en la tierra, constituyó á la Iglesia administradora de estos dones, y la mandó, con la vista fija en lo futuro, ordenar todo lo que se perturbase en la humana sociedad, y restaurar todo lo que se resintiese por la accion destructora de los tiempos.

Pero aunque esta divina reparacion de que hablamos, principal y directamente se refiere á los hombres en orden á la gracia sobrenatural, sin embargo, de ella tambien brotaron largamente preciosos y saludables frutos en el orden natural; por cuya causa no solo los hombres individualmente considerados, sino la universal sociedad humana, recibieron en todas partes una no mediana perfeccion. Así una vez establecido el orden cristiano de las cosas, acació felizmente que todos los hombres aprendiesen y se acostumbrasen á descansar en la

(1) A los Efesios, 1, 9-10.

paternal providencia de Dios, y alimentar la esperanza, que nunca falta, en los divinos auxilios, de lo cual se siguieron la fortaleza, la moderacion, la constancia, la firmeza de los débiles, y tambien muchas preclaras virtudes e ilustres hechos. Maravilla quanto ganaron la sociedad doméstica y civil en dignidad, honestidad y consistencia. La autoridad en los príncipes mas justa y ordenada; la obediencia de los pueblos mas fácil y natural; la union de los ciudadanos más estrecha; los derechos de propiedad más seguros. En general la religion cristiana lo estudió todo y proveyó á todas las cosas que son consideradas útiles á la sociedad; así en verdad, dice San Agustin, que no hubiera podido hacer más para que los hombres viviesen bien y felizmente, si únicamente hubiera nacido para preparar y acrecentar á los mortales las comodidades y las utilidades de la vida.

En realidad no entra en nuestro propósito enumerar una por una todas las cosas de este género debidas á la religion cristiana; pero queremos hablar de la familia, de la cual el matrimonio es principio y fundamento.

Todos saben, Venerables Hermanos, cuál es el verdadero origen del matrimonio: Aun, pues, que los detractores de la fé cristiana quieran desconocer en esta materia la doctrina de la Iglesia, y procuren desde hace tiempo borrarla de la memoria de todos los hombres y de todos los siglos, no han podido, sin embargo, extinguir ni debilitar la fuerza y luz de la verdad. Recordemos cosas conocidas de todos y no dudosas á nadie. Despues que el sexto dia de la creacion formo Dios al hombre del limo de la tierra y le infundió el espíritu de vida, quiso darle una compañera, y la sacó maravillosamente del costado del varon, cuando

éste dormía. En lo cual Dios providencialísimo quiso que aquellos cónyuges fuesen natural principio de todos los hombres, y que de ellos naciese el género humano, y que sin interrupcion se extendiese, propagase y perpetuase al traves de las edades. Y aquella union del varon y la mujer que respondia admirablemente á las sapientísimas disposiciones de Dios, desde aquel tiempo presentó en primer término y de un modo principal dos propiedades, nobles desde el primer momento, y como altamente impresas y grabadas en ella, es á saber: la union y la perpetuidad. Y lo vemos declarado y abiertamente confirmado en el Evangelio por la divina autoridad de Jesucristo, que declaró á los judíos y á los Apóstoles que el matrimonio por su misma institucion debe existir solamente entre dos, á saber, entre el varon y la mujer; de los dos debe hacerse como una sola carne, y el vínculo nupcial debe ser tan fuerte, que nunca pueda alojarse, ni romperse en este mundo. *Se ayuntará (el hombre) á su mujer, y serán dos en una carne. Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe (1).*

En verdad, esta forma de union tan perfecta y eminente, insensiblemente empezó á corromperse y desaparecer de los pueblos gentiles, y aun entre los mismos hebreos á anublarse y oscurecerse. Pues entre ellos, la costumbre general habia recibido que fuese permitido á cada uno de los varones tener más de una mujer, y despues habiéndoles permitido Moisés indulgentemente *por la dureza de su corazon (2)*, la potestad del repudio se dió entrada al divorcio. Apenas parece in-

(1) San Mateo, XIX. 5-6.

(2) San Mateo, XIX, 8.

creible cuántas corruptelas y mudanzas sufrieron las nupcias en la sociedad de los gentiles, sujetas siempre á las alteraciones de los errores de cada pueblo y á los más torpes deseos. La mayor parte de las gentes parecían haber olvidado por completo la noción y el verdadero origen del matrimonio, y por esto las leyes hablaban de él sin concierto y no era en la república lo que la naturaleza pide que sea. Ritos solemnes, inventados por el capricho del legislador, daban á las mujeres el honrado nombre de esposa ó el deshonesto de concubina; habiéndose llegado á que se decretase por la autoridad de los príncipes á quienes debía permitirse contraer nupcias y á quienes no, conteniendo las leyes mucho contra la equidad y no poco injurioso. Además la poligamia, la poliandría, el divorcio fueron las causas por las cuales el vínculo nupcial se relajó en gran manera. Perturbacion suma apareció tambien en los mútuos derechos y cargos de los cónyuges cuando el varon adquirió el dominio de la esposa, y mandó en ellas y en sus cosas muchas veces injustamente permitiéndose impunemente arrojado por la torpeza desenfrenada é indómita *excurrere per luganaria et ancillas, quasi culpam dignitas faciat, non voluntas* (3). En medio de la licencia sin límites del varon nada habia tan mísero como la esposa caida en tanta adyeccion que casi se la consideraba como un instrumento comprado para saciar los caprichos ó para engendrar hijos. Ni hubo pudor que impidiese vender y comprar á semejanza de cosas corpóreas, á las que habian de ser colocadas en matrimonio, dada por otra parte, por los padres al marido, la facultad de condenar á la esposa al extremo suplicio. Era necesario á la familia

que nacia de tales uniones, ó vivir en utilidad de la república ó bajo el dominio del padre de familia, al cual las leyes habian dado el poder, no solo de arreglar y romper á su arbitrio las nupcias, sino tambien de ejercer sobre ellos una cruel potestad de vida y de muerte.

Pero el auxilio y la medicina para sacar al matrimonio de en medio de tantos vicios ó ignominias con que se habia manchado, nos vino finalmente de Dios, toda vez que Jesucristo, el restaurador de la dignidad humana y perfeccionador de la ley mosaica, no consideró el matrimonio como pequeño, ni como último cuidado. Y así vemos que ennoblecíó con su presencia las bodas en Caná de Galilea, y las hizo memorables con el primero de sus prodigios (1), por cuyos motivos desde aquel dia el matrimonio parece estar adornado ya de los principios de una nueva santidad. Despues devolvió al matrimonio la nobleza de su primitivo origen, ya reprobando las costumbres de los judios porque tenian muchas mujeres y abusaban de la facultad del repudio, ya principalmente advirtiendo que nadie se atreviese á separar lo que Dios hubiese unido con vínculo de perpétua union. Y resolviendo las dificultades que hacian de las instituciones mosaicas, hablando como supremo legislador, dijo del matrimonio lo siguiente: *Y digoos que todo aquel que repudiare á su mujer, sino por la fornicacion, y tomase otra, comete adulterio, y el que se casare con la que otro repudió, comete adulterio* (2).

En verdad lo que fué decretado y constituido por la autoridad de Dios acerca del matrimonio, los Apóstoles mensajeros de las divinas leyes lo expusieron en sus cartas del modo

(1) San Gerónimo, tomo I, col. 455.

(1) Dionis. Halicar., libro II, c. 26-77.

(2) San Juan, II.

mas completo y sencillo. Y á las enseñanzas de los Apóstoles han de referirse las cosas recibidas que *nuestr*os Santos Padres, los Concilios y la tradición de la Iglesia universal enseñaron siempre (1), á saber: que Cristo Nuestro Señor elevó el matrimonio á la dignidad del Sacramento, y al mismo tiempo hizo que los cónyuges rodeados y fortalecidos por la gracia celestial, logren en el mismo matrimonio la santidad; y que en él, arreglado maravillosamente al modelo de la union mística de Cristo con la Iglesia, se purifique el amor, tan propio de la naturaleza, y se unan el varon y la mujer por el vínculo de la divina caridad.

Vosotros, maridos, dijo Pablo á los Efesios, amad á vuestras mujeres, como Cristo amó tambien á la Iglesia y se entregó á sí mismo por ella para santificarla.... Tambien deben amar los maridos á sus mujeres como á sus propios cuerpos.... Porque nadie aborreció jamás su carne; ántes la mantiene y abriga, así como tambien Cristo á la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se allegará á su mujer, y serán dos en una carne. Este sacramento es grande, pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (2). Igualmente vemos en los Apóstoles que Cristo mandó que la union y perpétua validez que desde su origen requería el matrimonio, sea santa y en ningun tiempo violable. *A aquellos que están unidos en matrimonio, dice el mismo Apóstol, mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido, y si se separase que se quedase sin casar ó que se reconcilie con su marido (3).* Y mas adelante: *La mujer está*

atada á la ley mientras vive su marido, pero si muriese su marido queda libre (1). Por estas causas el matrimonio es, pues, un *sacramento grande (2)* respetable en todos, casto y digno de la mayor veneracion, por ser imágen y representacion de cosas altísimas.

Y su objeto y perfeccion no están contenidos solo como hemos indicado. Pues en primer lugar, hay en la sociedad conyugal otra cosa más excelsa y noble que lo dicho, y es que de ningun modo tiene por objeto propagar el linaje humano, sino engendrar hijos de la Iglesia, ciudadanos de los santos y domésticos de Dios (3), para que el pueblo sea procreado y educado en el culto del verdadero Dios y de Cristo Nuestro Salvador (4). En segundo lugar los deberes naturales de cada cónyuge y sus derechos están integramente señalados. Y así les es necesario tener siempre de tal modo dispuesto el ánimo que entiendan deber el uno al otro grandísimo amor, constante fé, ingeniosa y asídua vigilancia. El varon es jefe de la familia y cabeza de la mujer, la cual, sin embargo, porque es carne de la carne de aquel y hueso de sus huesos estará sujeta al varon no como esclava, sino como compañera para que no falte honestidad ni dignidad á la debida obediencia. Mas en el que es cabeza y en la que obedece, presentandola imágen el uno de Cristo y el otro de la Iglesia, será la caridad divina perpétua moderadora de los cargos. Pues el varon es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia.

(Se continuará.)

(1) San Mateo, XIX, 9.

(2) A los Efesios, V, 25 y siguientes.

(3) Primera á los Corintios, VII, 10-11.

(1) A los Efesios, V, 32.

(2) A los Hebreos, XIII, 4.

(3) A los Efesios, II, 19.

(4) Act., XV, 29.

LA IGLESIA Y LA ESCLAVITUD.

ARTICULO 3.º

Rechaza el espíritu cristiano todo linaje de degradacion y rebajamiento de la dignidad humana; así es que cuando pasados los siglos médios y descubierta el Nuevo Mundo se introdujo por la avaricia otra esclavitud y un abominable tráfico, la voz de los Pontífices se levantó para condenar la opresion de razas infelices y la explotacion del débil por el poderoso. Pio II, Paulo III, Urbano VIII, Benedicto XIV, Pio VII, Gregorio XVI, y otros Sumos Pontífices, han mirado en todo tiempo por la suerte de aquellas regiones, ya prohibiendo la trata de negros, ya enviando numerosas legiones de celosos apóstoles que con los consuelos de la Religión mejoren la condicion de los pobres esclavos.

En resumen: *la Iglesia católica ha civilizado las naciones que la han profesado, y la civilizacion es la verdadera libertad* (1).

Elia encontró un mundo corrompido y degradado y lo sacó del abismo de corrupcion y degradacion en que se hallaba sumido. Las costumbres públicas y privadas, la familia, la sociedad, el Estado, las ciencias, las artes, todo quedó regenerado; merced á la accion Divina del Cristianismo. El hombre y la sociedad quedaron *libertados* de la opresion del mal que pesaba sobre su lánguida y trabajosa existencia.

Las hordas de los bárbaros amenazan al mundo civilizado de nueva y degradante esclavitud; la devastacion, ruina, sangre y horrores de toda especie que los anuncian, traen consigo el caos y anarquía mas espantoso que

amenazaban de muerte á la civilizacion. La Iglesia se encargó de encauzar aquel torrente desbordado y le consiguió *libertando* de nuevo á la Europa y al mundo todo.

Pero la Providencia le tenia reservadas mayores pruebas, mas empeñados y terribles combates. A penas empezara á gozar de su triunfo sobre la ignorancia y la barbárie, un nuevo error mas peligroso que los anteriores levanta la cabeza en Europa. Miseros tráfugos, hombres corrompidos, orgullosos de su saber, asestan contra su Madre la Iglesia católica los mas envenenados y sangrientos tiros. Se entregan al desenfreno y á la licencia, proclamando la *reforma*; oprimen á sus ciegos partidarios ofreciéndoles una absurda y destructora libertad, se denuestan y odian reciprocamente ciegos de la mas desmedida soberbia y mueren miserablemente dejando tras sí como funesto recuerdo de su aborrecida y execrable existencia ese monstruoso engendro que se llama Protestantismo, tan solo consecuente consigo mismo en su odio inextinguible contra la autoridad Divina de la Iglesia. La inteligencia humana estaba de nuevo amenazada de muerte; gran número de hombres sábios habian caído miserablemente en la *esclavitud* del mas monstruoso y abominable error.

Las controversias religiosas cada vez mas enconadas, la exaltacion de los ánimos por una parte y la indiferencia por otra trajeron consigo en los siglos XVII y XVIII nuevos y perniciosos extravíos de la razon humana puesta en lucha por el espíritu del Protestantismo con toda autoridad. A este mismo espíritu de insubordinacion, de rebeldía, á este inmoderado afan de investigacion, á este lamentable desequilibrio de preciosas fuerzas, son debidos los males que afligen en la época presente á la humana sociedad,

(1) Balmes.

haciéndola de *libre* dentro del espíritu cristiano en *esclava* de su volubilidad, ligereza y falta de principios. Conocidos son el origen é historia de esos monstruosos errores llamados jansenismo, galicanismo, ateismo, liberalismo, socialismo, comunismo, nihilismo, que en mayor ó menor grado, pero todos igualmente funestos y perturbadores en su época y circunstancias, han socavado y conmovido los fundamentos del órden social poniendo en peligro su existencia.

¿Quién sino la Iglesia católica es la llamada á poner término á tan larga série de males como han afligido y afligen al mundo todo? ¿Quién si no la Iglesia católica puede con su virtud Divina contener y encauzar á esa desenfrenada é inquieta civilizaci6n moderna atrayéndosela por el convencimiento de sus funestos extravíos? Así lo esperamos y para acelerar en lo posible tan venturoso momento que solo Dios conoce en su infinito saber, esforcémonos en reivindicar para la Iglesia católica el hermoso título que quiere arrebatarse el infierno de Libertadora de la humalidad.

M. DE S. Y B.

PINACOTECA.

(CUADRO 7.º)

LA VENDA EN LOS OJOS.

Xeria et dona cæcant
oculos judicium.

ECCLES. XXI. 31 (1).

En la siniestra la vara,
La gravedad en el rostro,
Sentado el Juez en su estrado

(1) Los regalos, y las dádivas ciegan los ojos de los jueces.

Bajo un pabellon vistoso,
Lleva pendiente la augusta
Laticlava de los hombros.

—
Dos clientes á par suben
La plataforma del foro.

Idéntico fin les lleva
De la justicia ante el sólio.

En condicion desiguales
Habla de pié el poderoso,
Que el alto coturno y clámide
Se concilia amigos pronto.

—
Postrado el humilde, puestos
En la balanza los ojos,
En un platillo sus derechos,
Sus laureles meritorios,
La misma ley que le ampara
Pone, y.... prevalece el otro.

—
Trae consigo una arquilla
Que ha dejado al pié del trono,
Y dádivas y regalos
Ciega á los jueces los ojos.

JOSE ARROYO, PBRO.

EFEMÉRIDES.

4 DE MARZO DE 1811.

Muerte gloriosa de Menacho.

—
Era D. Rafael Menacho, mariscal de campo y gobernador militar de la plaza de Badajoz. Soldado de gran resolucion y acendrado patriotismo resistió valerosamente todos los trabajos del sitio que los franceses, al mando de Soult, tenian puesto á la plaza desde 26 de Enero. A cuantas intimaciones de rendirse se le hicieron contestó siempre negativamente con entereza y brio: haciendo de vez en cuando los sitiados algunas salidas; afortunadas unas, desgraciadas otras, pero que todas demostraban el valor y lealtad de los soldados españoles.

En 19 de Febrero, el ejército español que, al mando de D. Gabriel de Mendizábal, acampaba muy cerca de Badajóz y servia como de escudo á la plaza sufrió una lastimosa derrota y la consiguiente dispersion. Entonces Soult estrechó el bloqueo é intimó la rendicion que fué valerosamente desechada por Menacho, secundado fielmente por la guarnicion y el pueblo de Badajóz.

Entre los hechos dignos de memoria, acaecidos en aquel largo asedio, merece recordarse el de D. Miguel de Fonturvel, teniente de artilleria, el cual, aunque de edad avanzada, ocupaba, á petición suya, uno entre los puestos de mas peligro. Allí perdió las dos piernas y un brazo, y así tan horriblemente mutilado, espiró animando á los soldados y diciendo: «¡Viva la patria! contento muero por ella.»

Por fin el 4 de Marzo una bala de cañon dió gloriosa muerte á D. Rafael Menacho: siendo celebrado universalmente su patriotismo. Las cortes de Cádiz hicieron mencion gloriosa de su nombre y recompensaron á su familia.

DELICIO FLORESTA.

LA JUVENTUD CATÓLICA DE VALENCIA.



(CONCLUSION DEL DISCURSO.)

Venimos aquí, como jóvenes dedicados al estudio, á cultivar tambien la ciencia y a no ser ajenos á las impresiones del arte, pero adheridos siempre y mas que la sombra al cuerpo, á las divinas enseñanzas y á la autoridad infalible de la Iglesia. Ella es columna y firmamento de la verdad;

sometidos absoluta é incondicionalmente á su divino magisterio; nunca zozobraremos en los escollos del error. No penseis que este noble rendimiento á la soberana voluntad de Dios, puede detener, ni abatir los vuelos de vuestra inteligencia, ni apagar las sublimes inspiraciones del jénio.

La verdadera ciencia no puede estar en oposicion con la religion verdadera, porque si la revelacion viene de Dios y la razon trae el mismo altísimo origen, ¿cómo pueden, repitiendo las memorables palabras de Bossuet, estar las obras de Dios en oposicion consigo mismas?

Mas fuerte y mas cierta la fé que la razon, es su mas firme apoyo y seguro baluarte. Sucede con ella como con la luz material que nos alumbra, cuya esencia nos es absolutamente desconocida; y sin embargo de este oscuro misterio brotan á torrentes la claridad y el resplandor con que podemos conocer y admirar las inmensas maravillas de todo el mundo visible.

Por eso no sabe lo que se dijo quien osó afirmar que la Iglesia es enemiga de las luces. ¡Enemiga de las luces! cuando es la sola verdadera luz que alumbra toda la tierra y á cuyos únicos resplandores deben lo algo de bueno que hayan podido decir ó hacer hasta sus mas encarnizados enemigos.

Yo bien sé que hay una falsa ciencia que, halagando las pasiones y fomentando el orgullo del hombre intenta temerariamente colocarlo mas alto que los mismos cielos y hasta mas arriba del trono del Altísimo; que reconoce al hombre como principio y término de todo conocimiento, que pretende someter á su análisis al mismo Omnipotente, forjase un Dios que no es el que tan espléndidamente pregonan las magnificencias de la

creacion y nos muestran sus inefables oráculos; que se crea una moral, que no es la sublime moral del Evangelio y un derecho que no descansa ni arraiga en esa purisima moral. Pero esa ciencia no es nueva, el error siempre ha combatido á la verdad, y las malas pasiones han encontrado insufrible y odiado profundamente el yugo de la justicia. Sobre cuatro mil años atrás esclamaba el Santo Rey David y decia al Señor: *narraverunt mihi iniqui fabulationes, sed non ut lex tua.*

Firmes en la fé mis queridos jóvenes; y con hacimiento de gracias á nuestro buen Dios, porque ha esclarecido y ha aumentado con el inefable tesoro de sus bondadosas revelaciones las luces de nuestra razon natural, cultivemos la ciencia, pero no como fin y último término de nuestros afanes, sino como medio adecuado, como lo son todos los demás medios temporales para conseguir nuestro verdadero y único fin, que es la posesion dichosa y eterna de nuestro amantísimo Dios.

Para eso venimos principalmente á esta nobilísima Academia; no venimos aquí á satisfacer nuestra vanidad ni á dar pábulo al amor propio tan temible como funesto; no venimos aquí á buscar medros ni conveniencias temporales, no venimos á dar el mas pequeño motivo de discusion ni de disgusto; mucho menos venimos aquí en modo alguno á hacer política de ninguna especie. Este es campo neutro donde solo arraigan las virtudes cristianas primero, y despues la ciencia verdaderamente cristiana. Sobre tan delicada materia os diré amados jóvenes que Dios ha dejado este mundo á las disputas de los hombres que si todos somos buenos, tendremos buenos gobernantes; que leo en el Evangelio, buscad primero el reino

de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura; y en conclusion, que la historia nos alecciona y la esperiencia lo confirma, que los pueblos en tésis general no tienen otro gobierno que el que merecen.

Por le demás, mis queridos académicos, dilatad vuestros corazones y estended con satisfaccion vuestra mirada, no os desalenteis en el camino que vamos á emprender. No estamos solos. A nuestro lado están, y con nuestras aspiraciones militan esas numerosas academias, hermanas nuestras, esparcidas en todo el orbe católico y que brillan en las principales ciudades de Europa y fuera de ella; queridas de los buenos, protegidas por sus Prelados, y bendecidas por el Soberano Pontífice. Nosotros nos unimos con ellas en el espiritu; nosotros tambien hemos encontrado en nuestro respetabilísimo y amado Sr. Arzobispo, cuanta proteccion podíamos desear, nosotros le tributamos por ello públicas y sentidas gracias que estendemos al Sr. Gobernador civil, que ha autorizado nuestra asociacion y á todas las demás dignas autoridades. Nosotros á fuer de católicos, invocamos hoy y en dia tan grato para la Santísima Virgen María, nuestra madre sus bendiciones y su poderoso patrocinio en favor de esta Academia; y enviamos el mas cordial testimonio de nuestra adhesion y obediencia al Vicario de Jesucristo, al sucesor de Pedro, al Supremo gerarca de la Iglesia, nuestro Santísimo Padre Leon XIII.

Concluyo, mis queridos académicos, el curso de los años que tan rápidos pasan no permite sin duda llamarme joven como vosotros, pero os lo aseguro, mi alma y mi corazon son jóvenes; nunca me he separado de vosotros, he vivido con vosotros todos los años de mi vida, Dios lo

sabe, os he amado y no he querido otro que vuestro bien; oid mis últimas palabras. La virtud es siempre bella, cualesquiera que sea la edad del hombre; hija del cielo la rodea siempre de un esplendor que ofusca á su lado todas las grandezas y bienes de esta tierra, incluso el brillo de la misma ciencia; pero sin duda es mucho mas bella y encantadora en los preciosos años de la juventud. Amadla y consagraos á enriqueceros con ella en la mejor edad de vuestra vida. Una primavera espléndida y en galanada de abundantes flores, augura un feliz otoño colmado de ricos y sazonados frutos. Yo os diré con un profeta, que es bueno y muy excelente llevar el yugo desde la adolescencia; con el Espíritu Santo que el varon cuando envejece no se aparta de los caminos de la juventud; y con las dulces armonías del arpa de David, que es dichoso y bienaventurado el que camina siempre por el recto sendero de los divinos Mandamientos.

HE DICHO.

PEDRO Y CECILIA.

(CONCLUSION)

Los recién llegados reían y hablaban alto; sentáronse en la primera sala y continuaron su conversacion en alta voz. Unas tablas los separaban de las dos señoras en las que no habian notado y que no podian ya ver entonces, aun cuando ellas no hubiesen estado en sitio oscuro.

—Ya me temia yo que nuestro paseo por el Sena nos iba á hacer perder el tren, decia el de mayor edad de los dos viajeros. Sin que te ofendas, te diré, querido Ludovico, que por mí hubiera suprimido aquella distraccion.

¡Cuán divertido vá á ser el estar aquí hasta las ocho ó las nueve!

—¡Cál no estaremos aquí, contestó Ludovico. En cuanto vea un empleado subalterno yo le untaré el carro para que se encargue de tomarnos los billetes y de venir á avisarnos á la posada á hora de marchar.

—¿Y persistes en querer ir en tercera con este frio tan grande?

—No tengo mas remedio, mis fondos disminuyen considerablemente; pensad que he recorrido casi toda la Francia.

—Sin duda; tú debes gastar mucho. El trabajo que has emprendido ya te costará buenos cuartos.

—Ay amigo mio, es preciso sembrar para coger.

—Pero, Ludovico, es que tú no tienes seguridad de coger. ¿Y si al público no llegara á gustarle tu libro? Has escogido un asunto tan zurrado ya.... La historia de todos los castillos de Francia... Todos conocen ya esa historia. No hay castillejo que no haya sido descrito con todos sus detalles; no hay ruinas que no haya tenido sus poetas, sus pintores y sus historiadores.

—¿Y qué importa eso, amigo Gustavo? Yo no creo haberlo hecho mejor que los otros, pero lo hago de otra manera, y me he tomado tal vez mas trabajo. No solo he visto por mí mismo las cosas de que hablo, sino que he escrito mi obra en presencia de esos antiguos monumentos, he pasado semanas enteras en miserables posadas....

—Tú has visto mucho, sí, has visto; pero no es el interior del castillo del señor de Vernes lo que tú has visto.

—Es el único.... en todas partes me lo han enseñado todos de abajo arriba.

—¡Quién! esos grandes señores....

—Amigo mio, la verdad; yo me he entendido las mas de las veces con

los porteros que con los castellanos, pero pobre y desconocido como soy me han permitido visitarlo todo, absolutamente todo.... además esto es cosa que no se niega nunca.

—¿Entonces cómo se explica que el señor de Vernes?...

—Es desde que se ha casado. Antes dejaban ver las salas antiguas á los turistas, aunque el dueño estuviera en él. Ahora no se puede entrar mas que cuando están ausentes los señores. Por lo demás hay bien poco de notable: todo ha sido desfigurado y destruido; solo me han hablado de unos rosetones, de una chimenea sostenida por dos cariátides y de un techo cuyos artesones de talla parecen de blonda.

—Era la señora de Vernes la que hemos visto en aquella ventana?

—¡La señora de Vernes! tú estás soñando, Gustabo; aquella era su camarera.

—Será posible? la frialdad de la atmósfera me habia hecho salir las lágrimas y me ha parecido ver la figura de una mujer.

Ludovico soltó una risotada burlesca.

—Amigo mio, dijo con ironía, la señora de Vernes no es una mujer; es una pequeña deidad, ó por lo menos una criatura de una esencia particular y muy perfecta.

—¿De veras? ¿Algo monuela, no es eso?

—Un poco. Puedo decirte que ella se cree de otra masa que nosotros pobres plebeyos.

—¿Es bonita?

—Christ!... no es fea.

—¿Rica?

—Sí, bastante rica. A pesar de ello yo no me hubiera casado con ella; si me hubieran ofrecido su mano hubiera contestado: «Muchas gracias, es

demasiado caro.» Esa personita, amigo mio, arruinará á su marido.

—Bah!

—¿Qué?... y muy pronto, segun me han contado en la posada. Está tan mal criada... Lo que mejor sabe hacer es derrochar su fortuna.

—¿Es una pródiga?

—No precisamente; y además aquí en el campo no puede hacer grandes gastos; pero en su casa todo es desorden, allí todos roban. Es una ama de casa completamente nula. No hay que hablarle del arreglo de casa ni de saber si sus criados son probos y cumplen con sus obligaciones. ¡Cál creeria ella rebajarse. La tengo comparada á una diosa, es un verdadero idolo; ella no vé nada, no oye nada, ni se ocupa de nada....

—¿Y su marido qué? ¿la deja así?

El señor Ludovico levantó los hombros.

—¡Pobre hombre! ¿Qué queréis que haga? El está loco por ella. Demasiado ve él que ella no tiene bastantes rentas para vivir como una princesa y sin ocuparse de las cosas de casa; pero no se atreve á ponerla en carril. Suelta así tímidamente algunas observaciones y algun consejo: la señora se amosca y él arria el pabellon.... Pero mira un empleado.... Eh! jóven, oiga usted, quisiera que nos hiciera V. un favor.

El dependiente de la estacion se acercó, hablaron y ofreció este hacer lo que se le pedia y los dos viajeros se salieron tan estrepitosos como habian entrado. Ya era tiempo: la señora de Formentin no podia contenerse mas. Así que desaparecieron, se levantó magestuosamente.

—¡Vaya unos entes! dijo con soberano desprecio.

—¡Vaya una leccion! murmuró Cecilia confusa.

—¿Qué estás diciendo, sobrina? llamas tú á eso una leccion!

—Sí, tia; y Dios mediante, no ha de caer en saco roto.

La buena voluntad es una gran cosa; es todo lo que la Providencia divina pide á los pobres mortales. «Paz á los hombres de buena voluntad,» decian los ángeles en Bethleem. «Ayuda y te ayudaré» dijo la sabiduría de las naciones. La señora de Vernes tiene buena voluntad; pues Dios bendecirá sus esfuerzos: así lo esperamos y el matrimonio de Pedro y Cecilia será en adelante un matrimonio feliz.

MOVIMIENTO CATOLICO.

Peregrinacion á Nuestra Señora

del Pilar de Zaragoza.

—

Nuestro querido colega *El Diario Católico* de Zaragoza, escita á los zaragozanos á que preparen un brillante recibimiento á los católicos que, Dios mediante, irán en peregrinacion en Abril próximo á saludar á la milagrosa y venerada imagen de Nuestra Señora del Pilar.

Algunos de los párrafos del artículo que dedica á este asunto merecen ser conocidos y los trasladamos con gusto á nuestras columnas.

«A la *Virgen del Pilar* repetirán los peregrinos á la basilica de Monserrat, al sepulcro de Santa Teresa de Jesus y á la sagrada gruta de Lourdes; á la *Virgen del Pilar*, exclamarán, por último, todos los corazones católicos, despreciando las injurias de los impios, la maledicencia de los *despreocupados* y los epigramas de los unos y de los otros.

Sí; es necesario, es indispensable,

que en estos tiempos en que el mundo se ha olvidado casi por completo de España, como si esta hubiese muerto para siempre, es preciso, repetimos, demostrar al mundo que la España católica de las Navas de San Quintin, de Otumba, de Madrid, de Gerona y de Zaragoza, existe todavia con igual fé que en aquellos gloriosos dias y con la esperanza de mejorar los presentes.

Es preciso probar que todavia vive la España de los mártires y que aun puede resucitar la España de los héroes.

Es necesario, es indispensable, demostrar, que en medio de los ateos alientan los que creen en Dios, que al lado de la impiedad que insulta, vive la fé que perdona; que en frente del indiferente que blasfema, levántase el católico que reza.

Es necesario, es indispensable, por último, que los aragoneses nos preparemos para recibir dignamente á los peregrinos que, de todas las provincias de España, han de venir á la ciudad predilecta de María, á postrarse de hinojos ante su augusto Pilar.

Mostremos á los que vienen que somos agradecidos á los especialísimos favores de nuestra excelsa Patrona, y que dentro de los muros de la ciudad heroica se hallan comprendidas las glorias de María y las glorias de la patria deudora esta de aquellas.

Digámosles, como podemos decirles, que desde el suelo del Pilar santificado con la presencia en carne mortal de la madre de Dios, hasta las criptas de Santa Engracia, honradas con las cenizas de los innumerables mártires de Zaragoza, se alza el Via-crucis del cristianismo en los cuatro primeros siglos de su predicacion en España, y digámosles tambien que desde las ruinas de Santa Engracia, regadas con sangre de héroes, hasta el Pilar, regado con lágrimas de cristianos, se alza

igualmente el Via-cruce de las agueridas legiones de Bonaparte.

Digámosles que Aragón, que España entera debe sus mejores glorias á María. Que ante su Pilar sintiéronse fuertes los débiles y los fuertes se elevaron á la categoría de héroes y mártires, despreciando lo mismo las amenazas de los prefectos paganos que las espadas de los generales invasores.

Y despues de manifestarles todo esto; postrémonos humildemente ante el Santo Pilar de María, y unidos en amigable lazo propios y extraños hagámos pública y fervorosa protesta de sumision á la Iglesia de Jesucristo, de respeto y adhesion incondicional á sus Pontífices de amor purísimo é inquebrantable á la Madre de Dios.

¡A la Virgen del Pilar! pues, aragoneses.

¡A la Virgen del Pilar! españoles.»

La *Ilustracion Popular* se adhiere de todo corazon á las nobles, religiosas y patrióticas excitaciones de *El Diario Católico*.

Desde la inolvidable, numerosa y magnífica peregrinacion de Santa Teresa á Roma, no cesamos de cooperar en nuestra modesta esfera á las diferentes peregrinaciones que, gracias á Dios, se han sucedido en nuestra pátria. Recordamos con satisfaccion haber sido de los primeros que espresaron el deber de una peregrinacion nacional al pilar de Zaragoza, y otra al sepulcro de Santiago.

Hijos en tan santa idea, levantamos nuestra voz, diciendo:

Valencianos, ¡A Zaragoza!

Españoles, ¡A Zaragoza!

La Virgen del Pilar nos espera.

¡Viva la Virgen del Pilar!

M. E. R.

CIENCIAS, ARTES, INDUSTRIA.

El toque de las campanas durante las tempestades no atrae los rayos.

Los enciclopedistas franceses y alguno de los pretendidos sábios modernos, declaman contra el toque de las campanas en las tempestades; pregunto, pues: el toque mas ó ménos prolongado, mas ó ménos vigoroso de las campanas, en ocasion de tempestades ¿puede atraer los rayos y ocasionar graves desgracias?

El sábio Dr. D. Julian Gonzalez de Soto, persona de autoridad en esta materia, no duda en sentar la proposiciones siguientes:

Primera. No puede demostrarse por ninguna de las leyes de fisica descubiertas hasta el dia, que el toque de los campanas, durante las tempestades, pueda producir ningun efecto pernicioso.

Nótase bien que aquí decimos «demostrarse;» porque, como hemos sentido, la fisica actual mira, con razon, con cierta reserva lo que no sea demostrable; aguardando, para cuando lo sea, el admitirlo como otra de sus leyes.

Segunda. Todavía podemos añadir que ni siquiera nos parece de modo alguno probable, que el citado toque de las campanas sea perjudicial, ni que esto pueda sostenerse como opinion razonable.

Para probar ámbas proposiciones analicemos los fenómenos que tienen lugar al tocar las campanas en las tempestades. Estos fenómenos se reducen á cinco, á saber:

Primero. La masa metálica de la campana en reposo.

Segundo. La masa metálica de la campana en movimiento giratorio.

Tercero. El sonido, ó sea la vibración del aire.

Cuarto. El contacto y roce del eje de la campana con el cojinete.

Quinto. El vacío producido en el centro de rotacion por el giro de la campana.

No sabemos hallar mas fenómenos en esta ocasion: examinémoslos ahora uno por uno.

«La masa metálica de la campana en reposo.»—Es cierto que el vulgo cree que las masas metálicas atraen la electricidad; pero la fisica no ha podido registrar entre sus leyes ninguna que se aproxime á esta asercion. Ha descubierto que los metales son todos ellos mas ó ménos conductores; pero no ha encontrado ninguno que atraiga positivamente la electricidad. Si cada molécula de bronce, por componerse de dos metales tan distintos como el cobre y el estaño, forma ó no pila galvánica, no se ha logrado averiguar; y mas bien se cree que no, porque no es simple contacto, sino verdadera combinacion química. Sabe la ciencia que el hierro es atraído por el imán; pero hasta el dia no ha encontrado metal ninguno que atraiga ni repela la electricidad mas ni ménos que cualquiera otra sustancia de la misma cantidad de masa.

«La masa metálica de la campana en movimiento giratorio.»—Puesta la campana en movimiento, roza con el aire; y como no hay roce sin produccion de electricidad, resulta que, sin duda alguna, en este caso se logra cierta descomposicion de este fluido. Pero esa cantidad, ¿es considerable? Cualquier fisico reconocerá que es tan mínima, que no puede compararse con el roce del mas ligero viento que choca en las paredes, en los tejados y en los árboles, ni con el martilleo de

un solo herrero; etc. Condenar el toque de las campanas por tan pequeña causa sería tan antojadizo como el prohibir que un cristiano, en caso de tempestades se frotase las manos, porque este hecho desarrolla electricidad y ciertamente en mayor cantidad que el ludimiento de la campana con el aire.

«El sonido ó sea la vibracion del aire.»—La fisica no ha descubierto tampoco que el sonido ó la vibracion atraiga la electricidad. Están muy estudiadas tanto las panzas como los nudos de las ondas sonoras, y no se ha hallado en ellas otra relacion con la electricidad que el pequeñísimo roce de las moléculas del aire unas con otras, y aun este mas bien se supone por vía de conjetura que se prueba por experiencia. No merece mas detencion este punto.

«El contacto y roce del eje de la campana con los cojinetes.»—Aquí si que tenemos una verdadera fuente de electricidad; pero si por ella hubiese de prohibirse el toque de las campanas, con mucha mas razon debería prohibirse á los carruajes y coches el andar y correr: mucho mas á las pesadísimas y veloces locomotoras, no poco á los caballos y á cuantos animales gastan calzado de hierro, y aun debería prohibirse a los hombres el andar á pié, y á la tropa el hacer el ejercicio; porque por algunos de estos hechos se desarrolla mayor cantidad de electricidad que por el roce del eje de las campanas.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

MAMARRACHOS Y MAMARRACHA-
DOS DE LA ITALIA LIBERAL.

Los periódicos de Italia dan porme-

nores estensos de la extravagante ceremonia del matrimonio núm. X de Garibaldi. Provéanse nuestros lectores de un frasco de vinagre para que no se les trastorne el sentido.

Hé aquí los detalles principales de la fiesta:

»El lunes á medio día, en la cámara del general, M. Leonardo Bargonó, síndico de la Maddalena, asistido por dos secretarios de la municipalidad, ha celebrado el matrimonio del marracho de Caprera.

Toda la familia asistia á la ceremonia: M. Menotti Garibaldi, Mad. Italia Bedeschini-Garibaldi, M. Stefano Cauzio, Mad. Teresita Garibaldi-Cauzio, Manlio y Clelia Garibaldi.»

Los nombres de los hijos de Garibaldi son todos de fantasía como puede conocer el curioso lector. Menotti, Italia, Manlio y Clelia son nombres tomados de la historia, de la mitología y hasta de la novela, pues Clelia es personaje de una de Jorge Sand.

Solo Teresita tiene nombre cristiano, quizás porque siendo hija natural de este turco de blusa y sombrero de pluma de gallo, fué bautizada en alguno de los periodos en que el papá corría la ceca y la meca.

Y continúa la narración:

«Los testigos eran MM. Achillo. Fazzari, Froschianti y Sgarallino, los solos antiguos amigos invitados.

Garibaldi apareció en la estancia envuelto en un *poncho* blanco y con una corbata roja anudada al cuello, y doña Francesca, vestida de blanco.»

Estaría precioso el hombre con el *poncho* y la corbata roja. Doña Francesca, vestida de blanco, completaría el cuadro.

«Después del acto civil, en el cual Garibaldi ha declarado ejercer la profesion de agricultor, ha tenido lugar un banquete, al cual han asistido la

familia, los amigos y el síndico de la Maddalena. Se ha bebido á la felicidad del matrimonio y á las esperanzas de Garibaldi relativas á la unidad italiana.»

Garibaldi no dijo de qué era agricultor; pero ya se sobreentiende que lo es de calabazas y pepinos.

Es natural que despues de esta ceremonia grotesca se bebiera largo y tendido, mezclándose los votos por la felicidad de este matrimonio á la *liberalidad*; con los relativos á la unidad de Italia; son dos cosas que pueden tambien casarse de tan impía y profana manera. Si esto no hace llorar de risa, bien puede arrancar carcajadas de indignacion.

A continuacion del banquete era natural que el general cogiera la pluma, porque siempre suele escribir algo de sobremesa. La cogió en efecto, y dirigió á M. Mancini, su abogado defensor en el pleito de anulacion de matrimonio con la Raimondi, el siguiente despacho:

«Mi ilustre amigo: Os debo más que la vida puesto que os de debo el haber satisfecho un sagrado: Decid á vuestra amada familia que os pertenezco como hermano y que á todos concedo la gratitud de que mi alma puede ser capaz.»

Tableau.

Se acaba de descubrir en Módena, en una Cámara sepulcral que forma parte de la Iglesia de los Capuchinos, las tumbas de ocho príncipes de la casa de Este, entre ellos los de Francisco I, muerto en 1638; de Almerico muerto en 1660; de Alfonso IV, del Cardenal Rinaldo de Este, de Benedicto, Felipe Armado y de un hijo de Hércules Rinaldo.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

Imp. de Carlos Verdejo, Almirante, 3.